

que se le facultase para extraer los pesos del reino de Méjico, y obtuvo efectivamente el privilegio de recoger todos los de las colonias españolas á razón de tres francos setenta y cinco céntimos cada uno, aun cuando valían cinco francos por la parte más corta ya en Francia, ya en Holanda ó en España. La ganancia era extraordinaria sin duda pero merecida también, dado que Ouvrard lograba engañar la vigilancia de la piratería inglesa en los cruceros, trasladando al continente los ricos metales del Nuevo Mundo, tan precisos entonces para todos. España hundida en la miseria, se podía contar por dichosa con abandonar la cuarta parte de sus tesoros, á trueque de realizar la posesión de las otras tres. No tan ventajosamente pactan con los administradores ó mayordomos los hijos manirroto de los grandes, cuando recurren á aquéllos pidiéndoles medios con que satisfacer sus caprichos.

¿Cómo hacer para traer al Antiguo Mundo los pesos fuertes del Nuevo, no obstante el mal querer de Pitt y de su marina? Tan llano le pareció á Ouvrard este negocio como todos los demás, y aun se propuso que Pitt mismo había de ayudarle en esta empresa, merced á una combinación de las más peregrinas. Sabedor de la existencia de casas holandesas, particularmente la de Mr. Hoppe, abiertas en Holanda y en Inglaterra á la vez, concibió la idea de venderles los pesos españoles á un precio que producía todavía un beneficio harto considerable para su compañía; pero esas casas eran las que debían obtener de Mr. Pitt el pase de aquellos pesos procedentes de Méjico. Como el mismo Pitt tenía necesidad de metálico, posible parecía que pensara en satisfacerla, permitiendo el transporte de ciertas sumas, mas que supiera que le era preciso partirlas con sus enemigos. Era ese, en una palabra, una especie de contrato tácito con las casas holandesas asociadas á las inglesas, puestas por mediadoras, y más tarde probó la experiencia cuán realizable era ese contrato, sino total, por lo menos parcialmente. También pensó Ouvrard en servirse de algunas casas americanas que con poderes suyos, y merced á la neutralidad de su pabellón, podían pasar á las colonias españolas en busca de los pesos fuertes y trasladarlos á Europa; mas la cuestión estaba en saber el importe de la suma que Pitt permitiría pasar no menos que el de la que los americanos podrían encargarse á virtud de su neutralidad. Con el tiempo necesario por delante sin duda fuera realizable semejante especulación, siendo de mucho provecho para la Francia y la España, y rindiendo á la Compañía sobradas y legítimas ganancias; pero eran por desgracia muy urgentes y perentorias las necesidades. Sobre ochenta á noventa millones de descubierto, y á cuyo descubierto tenía que atender el tesoro francés trampeando, todavía hay que contar unos treinta que debía á la Compañía de *Negociantes reunidos*, y que le iba pagando en inmuebles. De suerte que esa Compañía tenía que soportar en primer lugar ese cargo; á más de eso había de poner en ese mismo tesoro por lo menos el importe de un año del subsidio español, esto es, de cuarenta á cincuenta millones (1), pagarle también las sumas de las *obligaciones de los recaudadores generales*, y finalmente satisfacer el costo de los carga-

(1) Ya hemos dicho que contando por francos como lo entendió Thiers, no importaba ese subsidio sino diez y ocho millones. (N. del T.)

mentos de trigo que se enviaron á los puertos de la península, no menos que el de los mantenimientos suministrados á la armada española. He aquí, pues, una situación que no daba espera al logro de especulaciones aventuradas y de tardío desenlace, situación que por de contado ponía á la Compañía en la precisión de tener que vivir trampeando. Así lo que hizo fué pasar á manos de los prestamistas por prenda los adelantos que éstos le hacían, los inmuebles con que el tesoro la pagaba; y como, merced á la condescendencia de Mr. Marbois, vino á verse casi señora soberana del ministerio de Hacienda, á manos llenas tomaba allí las *obligaciones de los recaudadores generales*, pasándolas en seguida á los capitalistas que prestaban su dinero bajo garantía y con usura. También hacía que el banco de Francia le tomase algunas de esas *obligaciones, porque íntimamente unido á la suerte del gobierno, nada de lo que éste reclamaba en nombre del servicio público, nada se atrevía á rehusar, antes admitía el papel de la Compañía pagándolo con sus mismos billetes, y resolviendo por lo mismo el enigma por medio de una emisión de aquéllos cada día más considerable; de manera que no aumentando en la misma proporción la reserva metálica, se corría un verdadero é inevitable riesgo, y en realidad sobre el banco iba á recaer muy pronto el peso de los apuros de todo el mundo. He ahí por qué no faltó en el consejo de regencia quien levantara la voz pidiendo que al representante de la compañía de los *Negociantes reunidos*, monsieur Desprez, no se le otorgaran en adelante nuevos recursos; pero otros miembros hubo ya que con menos prudencia, con mayor dosis de patriotismo, siendo del número Mr. de Perragaux, se pronunciaron contra semejante proposición, haciendo que se le concedieran á Desprez los socorros reclamados.*

El erario francés, el español, y la compañía de *Negociantes reunidos*, punto de apoyo de ambos, marchaban á la manera de esas casas atrasadas que se prestan recíprocamente su nombre y un crédito que no tienen, para ayudarse unas á otras en sus apuros; pero importa reconocer que el erario francés era el más desembarazado de los tres socios, y el que iba más expuesto á las pérdidas en una tal comunidad de negocios, porque por fin y postre, con sus solos medios, es decir, con las *obligaciones de sus recaudadores generales* pagadas por el banco, con eso era con lo que se atendía al cumplimiento de todas las necesidades, incluso el mantenimiento de las armadas así francesas como españolas (2); verdad es que lo apurado de esa tan extraordinaria situación era un secreto no conocido ni aun de los mismos socios de Ouvrard, cuyos compromisos con ellos todavía no se han definido clara y terminantemente aunque han motivado largos y ruidosos pleitos, y quienes ignoraban hasta la gravedad de la responsabilidad que iba á caerles encima. Palpaban ya apuros no pequeños: clamaban por el regreso á París de su socio Ouvrard, haciendo que Mr. de Marbois expidiese la orden correspondiente á ese

(2) Aquí sin duda mira Thiers á los sacrificios de la Francia en la lucha de la liga que hizo con la España para repeler la injusta guerra de la Inglaterra que produjo el memorable Trafalgar. Si que en esta ocasión se mostró la Francia generosa; sí que hizo cuanto pudo porque el pabellón español conservara su honra y su esplendor, sólo que dudamos entre ese aserto y el de Godoy diciendo en la pág. 84, t. IV: «*Nada penó del extranjero.*» (N. del T.)

objeto; y ese ministro incapaz de alcanzar por sí mismo los pormenores de un giro de fondos de tanta extensión, ni aun pudo distinguir tampoco hasta qué punto disponía la Compañía de los recursos del Tesoro. Ni aun Napoleón, no obstante el esmerado desvelo con que atendía á todas las cosas, como no viera en el servicio sino un descubierto positivo de unos setenta millones, descubierto fácil de remediar con los bienes nacionales y algunos recursos más; como ignorara también el desorden establecido entre las operaciones del tesoro y las de la compañía de *Negociantes reunidos*, ni aun Napoleón mismo podía advertir la verdadera causa de los apuros y de las inquietudes que comenzaban á surgir. La penuria que alcanzaba á casi todo el comercio, la atribuía él á especulaciones desconcertadas, á la usura de los capitalistas, y así se irritaba y maldecía contra los negociantes, como solía hacerlo contra los ideólogos, cuando daba con pensamientos opuestos á los suyos. Como quiera, no quería él que de semejante estado de cosas se hiciese un pretexto de reparo á la ejecución de sus órdenes. Acababa de pedir doce millones en metálico á Strasburgo, y con imperio tanto que necesario fué recurrir á extremos para reunirlos. Otros diez exigió igualmente en Italia, poniendo á la Compañía en la necesidad de agenciárselos en Hamburgo, dirigiéndolos á Milán en oro y plata á través del Rin y de los Alpes. Empero importa decir que Napoleón presumía salir muy en breve de todos esos apuros, mediante los lances ruidosos con que él contaba. — Antes de quince días, decía, he de tener derrotados á los rusos, á los austriacos y á los jugadores á la baja.

Con esos recursos, bien ó mal obtenidos del tesoro, al instante volvió sus miras hacia los quintos y á la organización de su reserva. Dividióse entonces el cupo anual en dos partes de treinta mil hombres cada una, la primera con destino al servicio activo, y la segunda libre en el seno de la población, aunque obligada á entrar en las filas luego que así se lo ordenara el gobierno. En este caso se encontraba una parte muy considerable de los cupos de los años IX, X, XI, XII y XIII, compuesta por consiguiente de hombres ya hechos, y de los cuales podía disponer la autoridad con un simple decreto. El llamamiento fué, pues, general; pero además quiso Napoleón que la quinta del año XIV se cumpliera anticipadamente, comprendiendo á los mozos que habían de alcanzar la edad legal desde el 23 de septiembre de 1805 al 23 de septiembre de 1806; y como desde 1.º de enero del año siguiente había de comenzar á regir el calendario Gregoriano, declaró igualmente sujetos á aquélla los jóvenes que desde el 23 de septiembre al 31 de diciembre de 1806 pudieran entrar en la edad requerida. En una palabra, su resolución fué comprender en una sola quinta de quince meses, contados desde septiembre de 1805 hasta diciembre de 1806, toda la juventud que en este intervalo había de resultar con sujeción á la ley, medida que había de producirle un cuerpo de ochenta mil hombres, entre los cuales irían algunos sin haber cumplido los veinte años. Mas no era su ánimo el que todos ellos fuesen á la guerra; al contrario, quería que se fueran amaestrando incorporados en los terceros batallones que componían el depósito de cada regimiento, facilitándoles por ese medio un año ó dos, durante los cuales podían instruirse, hacerse á las fatigas, y salir al

cabo diez y seis ó diez y ocho meses soldados tan escogidos, tan bien disciplinados como los que formaban el campo de Boloña. Combinación semejante envuelve dos ventajas á la vez: es útil para dar lugar á que los jóvenes se robustezcan, y útil para que adquieran la instrucción militar necesaria, porque si á un quinto de veinte años se le lleva de repente á la guerra, en el hospital acabará su carrera muy en breve; pero es combinación irrealizable, si el gobierno no cuenta con un ejército organizado para hacer frente al enemigo, no teniendo necesidad del cupo anual sino á título de reserva.

No estaba reunido el cuerpo legislativo, y el convocarle necesariamente produciría un atraso de tiempo, atraso en el que no quiso consentir Napoleón, antes dispuso dirigirse al senado fundándose en dos causas: primera, la irregularidad del contingente comprensivo de más de doce meses, y de jóvenes de menos de veinte años; segunda, la urgencia de las circunstancias. Echábase fuera de lo dispositivo de la ley obrando de esa suerte, porque no le tocaba al senado dar su voto en la contribución de dinero, ni tampoco en la de sangre; eran sus atribuciones de un orden muy distinto, tales como la de desechar toda ley anticonstitucional, la de llenar los huecos que parecieran en la constitución, y la de mantenerse vigilante contra todos los actos del gobierno con visos de arbitrarios. Al cuerpo legislativo, y no á otro ninguno, correspondía el derecho de votar las contribuciones y las quintas. Era, pues, un desacierto el violar esa constitución, de suyo tan flexible, y el hacerla más ilusoria barrenando sus formas con tanta facilidad. Era un desacierto el no mostrarse más cuidadoso en el ejercicio del senado, ya que se le había constituido en calidad de consejo ordinario para la solución de todos los casos arduos, pues con aquella medida se daba á entender harto abiertamente que se le tenía por mucho más dócil que al cuerpo legislativo. Estas propias observaciones hizo entonces al archicanciller Cambaceres, que no estaba por los extremos del poder á no hacerse indispensables, y fué de opinión que á lo menos se guardasen las formas atribuyendo al senado el voto en las quintas, á favor de una medida orgánica; solo que Napoleón, bien que no desconociera las medidas de prudencia, sabía también aplazarlas cuando con urgencia le llamaban otras atenciones, y no quiso asentar una regla general ni diferir tampoco la publicación de la quinta. En vista de esto ordenó que para la ejecución de la quinta de 1806 se formase un senado-consulta, apoyándose en dos consideraciones extraordinarias: la irregularidad del contingente comprensivo de más de un año, y la premura de las circunstancias que no permitía esperar á la reunión del cuerpo legislativo.

También pensó servirse de la guardia nacional instituída en virtud de leyes de 1790, 1791 y 1795. Teniendo esta tercera coalición todos los caracteres de las dos primeras, aunque las épocas eran diferentes, y aunque la Europa se armara esta vez más bien contra el poderío de la Francia, que contra sus principios políticos, Napoleón presumió que el país debía á su gobierno un concurso ni menos enérgico ni menos unánime que el desplegado en otras ocasiones. En vano era esperar un ardimiento semejante, ya que el entusiasmo revolucionario había muerto; pero podía contar con una obediencia absoluta á la ley de parte de los ciudadanos, y con un

profundo sentimiento del honor entre todos aquellos que la ley llamase á las armas. Ordenó por consiguiente la reorganización de la guardia nacional, pero con medidas que la enseñaran á ser más obediente, más militar que antes, formando con este objeto un senado-consulto autorizado para arreglar la organización de aquella por medio de decretos imperiales. Reservóse, empero, para sí la atribución de nombrar la oficialidad, y reunir en sus compañías de cazadores y de granaderos la parte más joven y la más guerrera de la población, para emplearla en la defensa de los fuertes, y conducir-la accidentalmente á los puntos amenazados, tales como Boloña, Amberes y la Vendée.

He aquí el destino de todos esos elementos. Más de doscientas mil bayonetas en camino para la Alemania; setenta mil defendiendo la Italia; veintiún batallones de infantería y otros quince de marina guardando á Boloña. Ya se ha notado que cada regimiento se componía de tres batallones, dos de ellos en campaña, y el otro en depósito con cargo de recibir los soldados enfermos ó convalecientes, y de instruir á los quintos. En Boloña se habían acomodado ya muchos de esos terceros batallones, y se pusieron todos los restantes desde Maguncia hasta Strasburgo; pues á esos tres puntos fueron destinados todos los quintos correspondientes á los años IX, X, XI, XII y XIII, con más los ochenta mil hombres del sorteo de 1806, á fin de que distribuidos entre los terceros batallones se habituasen al ejercicio y se soltasen en él. Una vez ya soldados hechos, los de más edad se formarían en cuerpo, marchando á llenar el vacío que la guerra hubiese abierto en las filas del ejército; de suerte que así se formaba una reserva de ciento cincuenta mil combatientes por lo menos, con la cual se tenía guardada la frontera, y asegurado el repuesto para reparar las bajas de los cuerpos. Destinados los guardias nacionales á servir de apoyo á esa reserva, su organización había de verificarse en el Norte y en el Oeste para que pudieran correr á la defensa de las costas, á la de Boloña ó á Amberes sobre todo, dado que los ingleses intentarían incendiar la flotilla, ó destruir los astilleros establecidos en el Escalda. Napoleón había encargado el mando de Boloña al mariscal Brune; á Lefebvre le cupo el de Maguncia, y el de Strasburgo al mariscal Kéllerman; Brune, famoso ya por la bizarría con que en 1799 rechazó el desembarco de rusos y de ingleses; los mariscales Lefebvre y Kéllermann, antiguos militares que alcanzaron la mariscalía, y un asiento en el senado por premio de sus servicios; hombres, en fin, todos tres muy cabales para atender á la organización de la reserva, en tanto que sus compañeros de armas, más jóvenes que ellos, se ejercitaban en los combates. Venían á ser al propio tiempo aquellos jefes un motivo de derogación á la ley que excluía de toda suerte de empleos á los senadores, ley que tenía al senado muy descontento, y ley que se infringía con sobrada destreza, llamando á algunos de sus miembros para que formasen el último baluarte levantado para la defensa nacional.

Tomadas ya esas disposiciones, hizo Napoleón que se acudiera al senado con el relato de cuantas medidas acabamos de notar, y él mismo se presentó apoyándolas en una sesión imperial celebrada en el Luxemburgo el 23 de septiembre. Habló en términos muy explícitos

y muy decididos acerca de la guerra continental que corría á cogerle desprevenido, mientras que él se entretenía en la expedición contra la Inglaterra; de las explicaciones que se habían pedido al Austria; de las respuestas enigmáticas de este gabinete; de su falacia, hoy conocida de todo el mundo, puesto que el 8 de septiembre ya tenía sus reales de la parte acá del Inn, precisamente en ocasión que más se deshacía en protestas de su amor por la paz; y terminó con un llamamiento al patriotismo francés, prometiendo deshacer inmediatamente aquella nueva liga. Con señaladas muestras de aprobación le respondió el senado, aunque en su interior no achacara la nueva guerra continental sino á la incorporación al imperio de algunos Estados de la Italia. Menos expresivo que de ordinario se anunció el entusiasmo popular, sofocado entre privaciones, en el tránsito que recorrió el emperador con su séquito para trasladarse desde las Tullerías al Luxemburgo. Napoleón lo advirtió, y no dejó de sorprenderle, pues que con cierta desabridéz se quejó de la ocurrencia al archicanciller Cambaceres, pretendiendo que los parisienses eran injustos para con él. Hubo de resignarse al cabo, en la esperanza de que muy pronto había de provocar aclamaciones más fuertes, más entusiastas, más profundas que cuantas hasta entonces habían atronado sus oídos, volviendo á caer en su idea de que, en presencia de los acontecimientos que se preparaban á orillas del Danubio, ni un solo instante podía dar á cualquier otro negocio. Ansiando, pues, el verse cuanto antes en camino, dispuso un reglamento para la organización del gobierno en su ausencia, cuyas bases eran las siguientes. La presidencia del senado para su hermano José; la ejecución de la quinta y la formación de la guardia nacional á cargo de su hermano Luis, por su calidad de condestable; el archicanciller Cambaceres presidente del Consejo de Estado; pero todos los negocios se habían de ver en un Consejo compuesto de los ministros y de las altas dignidades, y presidido por el grande-electo José, debiéndosele despachar á Napoleón un correo diario con el relato de la solución que á cada negocio se diera y el parecer particular del archicanciller Cambaceres. Receló éste que José Bonaparte, como presidente del Consejo de gobierno, pudiera creerse desairado viendo á uno de los miembros de ese Consejo con el derecho de censura suprema; así se lo manifestó á Napoleón que le cortó la palabra diciéndole con ceño, que no había de privarse de las luces más preciosas para él, por sólo contemplar vanidades (1). Insistió,

(1) Creo que deja ahí Thiers mejor retratado el carácter de Napoleón, que no cuando nos le pintó enfurecido contra los ideólogos. Puesto que así atendía á las luces de Cambaceres, harto se prueba que no siempre consideraba las suyas como soberanas; y así lo afirma su edecán Rapp, haciéndole decir que si tal vez reparaba en sus consejos la adulación cortesana, al instante exclamaba: «Señores, se les ha convocado á ustedes aquí, no para ajustarse á mi modo de ver, sino para que me indiquen lisa y terminantemente el que cada uno de ustedes tiene. Decidme, pues, lo que mejor parezca, y luego veremos cuál de los pareceres es el más juicioso.» Sobre todo, ningún argumento mejor en abono de ese presumir que la lección dada al ministro de Marina desde Boloña. Habiéndole sometido Napoleón el examen y solución de ciertas observaciones acerca de la armada puesta á las órdenes del almirante Villeneuve, Mr. Decrés contestó á todas ellas con expresiones de pura lisonja; visto lo cual, tomó Napoleón la pluma, y con estas solas palabras se dirigió de nuevo á su ministro: «En

pues, en que el archicanciller cumpliera con aquel deber, quedando en ir devolviendo sucesivamente á París todos los asuntos despachados con la resolución soberana, reservando al Consejo el derecho de interpretar anticipadamente la voluntad imperial en todos los casos de urgencia, y el de expedir órdenes que cada ministro debía ejecutar bajo su responsabilidad individual. Se ve, pues, que Napoleón se reservaba la decisión de los negocios aún estando ausente, y que constituía á su archicanciller Cambaceres en celador de su gobierno, mientras permaneciese fuera del centro del imperio.

La salida de Napoleón para el ejército llenó de consternación á cuantas personas andaban á su lado. Nadie alcanzaba á penetrar los arcanos de ese genio militar; nadie sabía la celeridad con que él pudiera conducir la guerra, temiendo todo el mundo que no dejaría de ser larga, y con el convencimiento sobre todo de que había de ser sangrienta. ¿Qué vendrá á ser de la Francia, se preguntaban las gentes, si el plomo que barrenó el pecho de un Turena, ó el que redujo á cenizas las sienas de un Carlos XII, viniera ahora á estrellarse en la frente de un caudillo tal? Sí que Napoleón era imperioso, sí que era de un carácter áspero, pero no por ello dejaban de quererle todos cuantos andaban á su lado, y por eso fué más sentido su dolor al verle partir para la guerra. El 24 salió de París, consintiendo en que le acompañara la emperatriz, que más le quería cuanto más inmediata presumía la realización de sus recelos respecto al divorcio; llevándose consigo al mariscal Berthier, y dejando á Talleyrand la orden de seguir á cierta distancia al cuartel general con algunos de los oficiales del ministerio; y el 26 ya entró en Strasburgo.

Pasmada quedó la Europa al ver en el centro de la Alemania, sobre las márgenes del Mein, del Necke y del Rhin, el mismo ejército que veinte días atrás guardaba al litoral del Océano. No hay ejemplo de una marcha ni tan rápida ni tan sigilosa. Las columnas des-puntaban por doquier que se tendiese la vista, por Wurtzburgo, por Maguncia, por Strasburgo, siendo tal y tan exagerado el júbilo de los soldados, que con sólo alcanzar á ver á Napoleón atronaban los aires con los gritos cien veces repetidos de ¡Viva el emperador!.. Esa asombrosa muchedumbre de tropas de infantería, artillería y caballería con tanta presteza reunidas, esos convoyes de municiones de boca y guerra tan de repente dispuestos, ese tropel de caballos comprados en Suiza y en Suabia; en fin, todos esos movimientos de un ejército del cual no había noticia pocos días antes, y que allí acababa de aparecer como por encanto, todo, todo ofrecía un espectáculo sin par, con el realce todavía de una corte militar no menos brillante que severa, y de una inmensa afluencia de curiosos que corrían en todas direcciones para ver al emperador de los franceses marchando al campo de batalla.

Diligente se mostró también la liga por su parte; pero ni se encontró tan bien preparada como Napoleón, ni

el estado actual de las cosas, y da lo que el almirante Villeneuve se mantenga en Cádiz, ¿qué nos queda que hacer?.. Procurad elevaros á la altura de las circunstancias, y de la situación en que la Francia y la Inglaterra se encuentran. Que no vuelva yo á ver cartas tales y tan insignificantes como la que me acabáis de dirigir. De una cosa tengo menester, de acierto y nada más.»

(N. del T.)

dió pruebas de tan activa, aunque poseída de pasiones mucho más vehementes. Fué convenio entre todas las potencias aliadas que habían de poner lo principal de sus fuerzas sobre el Danubio antes que entrara el invierno, para impedir que Napoleón cogiese a Austria aislada de sus aliados y la asolase aprovechando la dificultad de las comunicaciones en la estación cruda; de suerte que la marcha de aquellas tropas estaba ordenada para entre fines de agosto y principios de septiembre. Obrando de ese modo, los aliados contaron con sacar á Napoleón una notable delantera, y se lisonjearon de poder romper las hostilidades en el día y hora que á ellos les pareciera más á propósito. Nunca imaginaron que con tanta prontitud habían de presentarse los franceses en el teatro de la guerra.

En Revel se formó un cuerpo de diez y seis mil rusos, bajo el mando del general Tolstoy, y este cuerpo se embarcó para Stralsund en los primeros días de septiembre. Ya había en Stralsund doce mil suecos que con aquellos debían marchar al Hannover pasando por Mecklemburgo, y reunirse allí con quince mil ingleses que por el Elba fueron á desembarcar en Cuxhaven. Ese ejército de cuarenta y tres mil hombres era el que había de atacar al imperio por la parte Norte, debiendo ser ese ataque ya principal, ya accesorio, porque esto estaba pendiente del proceder de la Prusia, si se unía ó no se unía á la liga.

Dos ejércitos poderosos de rusos, de sesenta mil bayonetas cada uno, venían caminando para la Galitzia y la Polonia bajo el mando de los generales Kutusof y Buxhoevden; y seguíanlos otros doce mil hombres más de la guardia rusa á las órdenes del archiduque Constantino, sin contar el ejército de reserva que se formaba en Wilna teniendo por jefe al general Michelson. El joven emperador Alejandro que se arrojó á la guerra con sobrada ligereza, no tardó en reconocer su desacierto; mas sin la necesaria energía para deshacerle, ó por lo menos para corregirle obrando con celeridad. Alejandro, decimos, poseído, sin querer confesarlo, de un temor secreto, anduvo demasiado lento hasta decidirse á ordenar los últimos preparativos. El ejército de la Galitzia que el general Kutusof debía de llevar en auxilio de los austriacos, no llegó á la frontera de Austria sino á fines de agosto, siéndole preciso atravesar la Galitzia desde Brody á Olmutz; la Moravia desde Olmutz á Viena; el Austria y la Baviera desde Viena á Ulm; distancia mucho más larga que la que los franceses tenían desde Boloña á Ulm, con la particularidad todavía de que los rusos no sabían andar las leguas con la celeridad que usaban los franceses, de cuya verdad toda la Europa fué entonces testigo. Cumplíase, pues, la previsión de Napoleón; los rusos no podían llegar á tiempo.

El segundo ejército estaba en los contornos de Pulawi, entre Varsovia y Cracovia, con sus setenta mil hombres inclusa la guardia rusa, esperando la llegada del emperador Alejandro, y la dirección que éste le había de dar entendiéndose con la Prusia. Quiso ese monarca presenciar el embarque de sus tropas en Revel, antes de ponerse en camino para la Polonia, y por consiguiente se había dirigido á Pulawi, no lejos de Varsovia y deliciosa morada de la ilustre familia de los Czartoryski, apeándose en la casa de su joven ministro